

coche, con ánimo de subir por un momento y retirarme... Pero aquí habría pasado toda la noche; no podía irme, sin haber estrechado á usted la mano.

Prosiguió explicando su violento deseo de ver el cuadro, su escapatoria al Salón y cómo llegó en plena tempestad de risotadas, bajo los silbidos de todo aquel populacho. También la silbaban á ella, escupiendo á su desnudez, esa desnudez cuya brutal exhibición, ante la zumba de París, la había oprimido la garganta desde que entró. Y presa de loco terror, abrumada de sufrimiento y vergüenza, había echado á correr, como si aquellas carcajadas, abatiéndose sobre su desnuda piel, la hubiesen azotado hasta saltarle la sangre. Mas ahora, olvidándose de sí propia, sólo pensaba en él, trastornada por el pesar que debía sentir, agrandando la amargura de este fracaso con toda su sensibilidad de mujer, movida de un deseo de caridad sin límites.

—No se apene usted, amigo mío... Quería verle y decirle que son unos envidiosos, que el cuadro de usted es magnífico y que estoy muy orgullosa y envanecida de haberle ayudado algo, por mi parte...

El la oía balbucear con ardor estas ternezas, inmóvil siempre; y, de improviso, abatiéndose á sus plantas, posó la cabeza entre sus rodillas, vertiendo abundante llanto. Toda su excitación de la tarde, su valentía de artista silbado, su jovialidad y su violencia estallaban actualmente en una crisis de sollozos que le estrangulaba. Aquellas risotadas que le abofetearon desde su entrada en el Salón, habían continuado persiguiéndole, como aullante jauría, allá, en los Campos Elíseos, después, á lo largo del Sena, y finalmente aquí, en su casa, á sus espaldas. Todo su vigor le había abandonado; sentíase más dé-

bil que un niño; y, restregando la cabeza, repitió, con voz extinguida y gesto vago:

—¡Dios mío! ¡cuánto sufro!

Ella, entonces, con ambas manos, levantóle hasta su boca, en un arranque de pasión, y besándole, le infundió hasta lo más hondo de su corazón, con tibio hálito:

—¡Cállate! ¡cállate! ¡te amo!

Se adoraban. Su compañerismo debía converger á estas bodas, sobre aquel diván, en la aventura de aquel cuadro que, poco á poco, los había enlazado. El crepúsculo los envolvió; permanecieron uno en brazos de otro, extenuados, llorando bajo este primer goce de amor. Junto á ellos, sobre la mesa, los lirios que le enviara por la mañana, embalsamaban la noche; y las partículas de oro, esparcidas, voladas del marco, reducían solas en un resto de claridad, semejando un hormigueo de estrellitas.

VI

Palpitante aún de emoción, mientras la estrechaba en sus brazos, le había dicho aquella noche:

—¡Quédate!

Mas ella, desprendiéndose con un esfuerzo:

—No puedo; he de volver á casa.

—Entonces, mañana... Te lo ruego, vuelve mañana.

—Mañana, no, es imposible... ¡Adiós! ¡hasta la vista!

Y la mañana siguiente, desde las siete, estaba de vuelta, ruborizada del embuste que había pretextado á la señora Vanzade: tenía que ir á la estación á esperar á una amiga de Clermont, con quien pasaría el día entero.

Claudio, entusiasmado de tenerla á su disposición todo un día, quiso llevarla al campo, en un deseo de poseerla él solo, muy lejos, en pleno sol. Aceptó ella, encantada, y los dos partieron como un par de locos, llegando á la estación de San Lázaro muy á tiempo para aprovechar el tren del Havre. El conocía, en los alrededores de Mantes, un pueblecito, Bennecourt, una posada de artistas, que distintas veces había invadido con sus camaradas; y sin preocuparse de las dos horas de ferrocarril, la condujo á almorzar allí, como la hubiera llevado á Asnières. A ella la divertía muchísimo este viaje que nunca acababa. Tanto mejor: ¡así fuese al otro extremo del mundo! Parecía que la tarde jamás debía llegar.

A las diez, se apearon en Bonnières, y corrieron á la barca, una barca vieja, crujiente; Bennecourt está á la otra orilla del Sena. El día de Mayo era espléndido, las diminutas ondas parecían láminas de oro al sol, y los tiernos follajes verdeaban suavemente en el azul sin mancha. Y más allá de las islas, que en este sitio pueblan el Sena, ¡qué gozo aquella posada de Campo, con su pequeño comercio de ultramarinos, su gran sala que trascendía á lejía, su vasto corral

lleno de estiércol, donde los patos chapuceaban!

—¡Eh! ¡tío Faucheur! venimos á almorzar... Una tortilla, salchichas, queso...

—¿Se quedan ustedes á dormir, señor Claudio?

—No, no, otro día... Y vino blanco ¿eh? del rosado que cosquillea la garganta.

Ya Cristina había seguido á la tía Faucheur al corral; y cuando volvió ésta con huevos, preguntó al pintor, con su cazorra sonrisa de campesina:

—Por lo visto... es usted casado.

—¡Vaya!—respondió él rotundamente,—bien he de serlo, pues estoy con mi mujer.

Delicioso almuerzo; la tortilla demasiado cruda, las salchichas demasiado gordas y el pan de tal dureza, que él hubo de cortárselo en rebanadas, para que ella no se destrozase la muñeca. Bebiéronse dos botellas, y algo más, tan alegres, tan animados, que se aturdían á sí mismos en la inmensa sala donde comían solos. Ella, rojas las mejillas, afirmaba estar borracha, cosa que nunca le había sucedido y lo encontraba muy chusco, riendo á más no poder.

—Hay que tomar el aire—dijo al fin.

—Sí, sí; andemos un rato... Regresaremos á las cuatro; tenemos tres horas á nuestra disposición.

Recorrieron el pueblecillo de Bennecourt, que alinea sus casas amarillas, á lo largo del ribazo, en una longitud de dos kilómetros. Ella había recobrado su aire normal, aunque jurando y perjurando que estaba borracha. Por lo demás, sólo encontraron dos vacas guiadas por una muchachuela. El, con el gesto, describía el país, como sabiendo á dónde iba; y al extremo del pueblo, doblada la última casa, antiguo edificio plantado en la orilla del Sena, frente á las laderas de Jeufosse, dieron vuelta á la cerca, penetrando en

un bosquecillo de encinas, muy frondoso. Era el extremo del mundo que los dos apetecían, un césped suave como terciopelo, y un toldo de hojas donde sólo penetraba el sol, en delgadas flechas de llama. Inmediatamente uniéronse sus labios en ávido beso, y ella se le entregó, entre el fresco olor de las hierbas pisoteadas. Largo tiempo permanecieron en aquel sitio, cambiando palabras raras y á media voz, ocupados en la sola caricia de su aliento, como en éxtasis ante los puntos de oro que relucir veían en el fondo de sus negros ojos.

Dos horas después, al salir del bosque, estremeciéronse: un campesino estaba allí, en la puerta de la casa de par en par abierta, pareciendo haberles espiado con sus ojos achicados de lobo viejo. Ruborizóse ella, mientras él gritaba, para ocultar su turbación:

—¡Toma! el tío Poirette... ¿es de usted esa cabaña?

Entonces el viejo, con lágrimas en los ojos, refirió que sus inquilinos se habían largado sin pagarle, dejándole los muebles. Y les invitó á entrar.

—Pueden ustedes examinarlo, tal vez entre sus relaciones... ¡ah! muchos parisienses quedaría satisfechos... Trescientos francos al año, con muebles y todo, ¿verdad que es regalado?

Siguiéronle con curiosidad. Era un caserón, que parecía abierto en un cobertizo; abajo, una cocina inmensa y una sala donde se podrían dar bailes; arriba, dos piezas, también tan vastas, que uno se perdía allí. Los muebles reducíanse á una cama de nogal, en uno de los cuartos, y una mesa y utensilios de menaje, que guarnecían la cocina. Sin embargo, frente á la casa, el jardín abandonado, plantado de magníficos albaricóqueros, estaba invadido de rosales gigantes, atesta-

dos de rosas, y en la parte posterior del edificio, en dirección al bosquecillo de encinas, había un huertecito de patatas, cerrado por un seto vivo.

—Dejaré las patatas—dijo el tío Poirette.

Claudio y Cristina se habían mirado en uno de esos bruscos deseos de soledad y olvido que debilitan á los amantes. ¡Ah! ¡qué delicia, querer allí, en aquel rincón, lejos de las gentes! En seguida sonrieron; ¿podían acaso ni soñarlo? Sólo les quedaba el tiempo preciso para tomar el tren de vuelta á París. Y el tío Poirette, que era el padre de la señora Faucheur, los acompañó á lo largo del ribazo; después, cuando hubieron entrado en la barca, les gritó, tras un combate interior:

—Vaya, lo pondré en doscientos cincuenta francos... Procúrenme inquilinos.

Ya en París, acompañó Claudio á Cristina hasta el hotel de la señora Vanzade. Los dos, muy tristes, cambiaron un largo apretón de manos, desesperado y mudo, sin osar darse un beso.

Entonces, comenzó una vida de tormento. En ocho días, sólo pudo venir dos veces; y corría, jadeante, disponiendo de pocos minutos, pues justamente la señora se iba volviendo exigente. Interrogábala él, inquieto de verla pálida, encorvada, brillando en sus ojos la fiebre. Nunca como entonces había padecido ella tanto en aquella casa devota, en aquella cueva, sin aire y sin luz, donde se moría de tedio. Sus desvanecimientos habían vuelto á asediarla. La falta de ejercicio hacía latir la sangre en sus sienes. Confesóle que se había desmayado un día en su cuarto, como si de repente la estrangulara una mano de hierro. Y, sin embargo, ni una palabra profería contra su ama; enternecíase, por el contrario: una pobre criaturá tan vieja, tan achacosa, tan buena! ¿Acaso podía dejar de querer á esa ama que la

llamaba hija suya? Remordíale, como una mala acción, el dejarla sola toda una tarde.

Transcurrió otra semana. Los embustes con que debía pagar cada hora de libertad, se le hicieron intolerables. Actualmente, regresaba roja de vergüenza á aquella mansión rígida, donde su amor le parecía una mancha. ¡Se había entregado á un hombre, sí! hubiéralo proclamado en voz alta; y su honradez se rebelaba contra la idea de ocultarlo como una falta, y mentir villanamente, como una criada que teme la despidan, continuando en darse por la virgen que dejara de ser.

Por fin, cierta noche, en el taller, cuando se disponía á partir otra vez, arrojóse Cristina á los brazos de Claudio, como una loca, sollozando de sufrimiento y de pasión.

—¡Ah, no puedo! ¡no puedo! Detenme; no me dejes volver allá!

El la sentó, sofocándola á besos.

—¿De veras? ¿me amas? ¡ah, mi tesoro! Pero yo nada poseo, y tú lo perderías todo. ¿Puedo permitirme que te despojes de esta suerte?

Ella sollozó más fuerte, perdiéndose entre lágrimas sus tartamudeadas frases.

—¿Su dinero, verdad? ¿lo que me deje en testamento? ¿Crees acaso que yo calculo? ¡Nunca se me ha ocurrido; te lo juro!... ¡Ah! ¡guárdese lo todo y sea yo libre! Yo no dependo de nada, ni de nadie; no tengo parientes ¿y no podré hacer mi gusto? No te pido que te cases; sólo pido vivir contigo...

Después, en un postrer sollozo de tortura:

—¡Sí, tienes razón! ¡está mal abandonar á esa pobre mujer! ¡ah! ¡me desprecio á mí misma! ¡quisiera tener valor!... ¡Pero te amo demasiado, sufro demasiado, y sin embargo no muero!

—¡Quédate! ¡quédate!—gritó él.—¡Mueran todos los demás; y vivamos los dos!

Habíala sentado en sus rodillas; ambos lloraban y reían, jurando, entre sus besos, que no volverían á separarse más.

Fué una locura; Cristina dejó, brutalmente, á la señora Vanzade, llevándose su maleta desde el siguiente día. En seguida, Claudio y ella habían evocado la antigua casa desierta de Bennecourt, los rosales gigantes, las vastas habitaciones. ¡Ah! ¡partir, partir sin perder una hora, vivir en el confín del mundo, en la dulzura de su tierno amor! Ella, hechizada, batía palmas. El, destilando aún sangre el corazón por su fracaso del Salón, y deseando el desquite, aspiraba á ese inmenso reposo de la buena naturaleza; y allí dispondría del verdadero aire libre, trabajaría con el césped hasta el cuello, y produciría obras maestras. En dos días, todo quedó listo, dado el despido al propietario y los cuatro muebles trasladados al ferrocarril. Una suerte venturosa les sorprendió, una fortuna, quinientos francos dados por el tío Malgrás, por un lote de una veintena de lienzos, que había escogido de entre los despojos de la mudanza. Iban á vivir como príncipes; Claudio seguía percibiendo su renta de mil francos, Cristina disponía de algunas economías, una canastilla, vestidos. Y se largaron, como huyendo, sin despedirse de los amigos, ni aun por carta, desdeñando á París y abandonándolo con risas de desahogo y alivio.

Comenzaba Junio; una lluvia torrencial cayó durante la semana de su instalación; y descubrieron que el tío Poirette, antes de firmar el contrato, se había llevado la mitad de los utensilios de cocina. Pero la desilusión no hacía mella en sus ánimos; chapoteaban con delicia bajo los aguaceros, haciendo viajes de tres leguas, hasta Vernon, para comprar platos y cacerolas, que traían en triunfo. Finalmente, se aposentaron, no

ocupando más que uno de los dos cuartos de arriba, abandonando el otro á los ratones, transformando el comedor de abajo en vasto taller, muy satisfechos y alegres de comer en la cocina, ante una mesa de pino, junto al hogar donde cantaba el puchero. Habían tomado á su servicio una muchacha del pueblo, que venía al amanecer y se retiraba al anochecer, Melia, sobrina de los Faucheur, cuya estupidez les encantaba. ¡No, era imposible encontrar otra más mema, en todo el departamento!

Había reaparecido el sol; siguieron días adorables, semanas y meses, que transcurrían en felicidad monótona. Nunca sabían á cuántos estaban del mes, y confundían todos los días de la semana. Levantábanse tarde, á pesar de los rayos de sol que ensangrentaban las blanqueadas paredes del cuarto, á través de las rendijas de las ventanas: Después, acabado el almuerzo, vagaban de un lado á otro, recorriendo la loma plantada de manzanos, por senderos campestres, hasta seos á lo largo del Sena, entre los prados, hasta la Roche-Guyon, exploraciones más lejanas aún, verdaderos viajes al otro lado del agua, en los campos de trigo de Bonnières y de Jeufosse. Un burgués, precisado á abandonar aquel país, les había vendido una vieja lancha por treinta francos; tenían, pues, á su disposición, el río, y sentían por él una pasión de salvajes, viviendo en el agua días enteros, navegando, descubriendo nuevas tierras, permaneciendo horas enteras ocultos bajo los sauces de la orilla, en los brazos de río anegados en sombra. Entre las islas diseminadas á flor de agua, había toda una ciudad dotada de misterioso movimiento, una red de callejuelas donde se deslizaban dulcemente, rozados por la caricia de las ramas bajas, solos en el mundo con las palomas torcaces y los martín-pescadores. El,

á veces, había de saltar á la arena, con las piernas desnudas, para empujar la lancha. Ella, valiente, manejaba los remos como un lobo marino, intentando remontar las corrientes más fuertes, engreída con su fuerza. Y, por la noche, comían sopas de berzas en la cocina, riéndose de las necesidades de Melia, de que se habían reído la noche antes; después, desde las nueve, ya estaban en cama, en la vieja cama de nogal, capaz de admitir una familia entera, donde pasaban sus doce horas, jugando desde el amanecer á echarse las almohadas y volviendo á dormirse, íntimamente abrazados.

Cada noche decía Cristina:

—Ahorá, querido, vas á jurarme una cosa; y es que desde mañana empezarás tu trabajo.

—Sí, mañana; te lo juro.

—Sino, me enfadaré... ¿te lo impido yo, acaso?

—¡Tú! ¡vaya qué idea! ¿no he venido aquí á trabajar? ¡qué diablo! ¡ya verás, mañana!

Y á la mañana, volvían á embarcarse; mirábase ella, con embarazosa sonrisa, viendo que no llevaba lienzo, ni colores; después, abrazábale, riendo, feliz con su poder, conmovida del continuo sacrificio que le tributaba. Y vuelta á nuevas observaciones, enternecidas: mañana, ¡oh! mañana, ¡ella misma le clavaría ante su lienzo!

Con todo, Claudio hizo algunas tentativas. Comenzó un estudio de la ladera de Jeufosse, con el Sena en primer término; pero Cristina le seguía al punto donde se había instalado, y tendiéndose en la hierba, junto á él, entreabiertos los labios, y anegados en voluptuosidad los ojos, estaba tan hermosa entre aquellas verduras, en aquel desierto donde sólo pasaban las murmuradoras voces del agua, que el pintor soltaba la paleta á cada instante, tendiéndose junto á ella, anonadados y columpiados ambos por la tierra. Otra vez, más

arriba de Bennecourt, sedújole una vieja granja, abrigada por antiguos manzanos, que habían crecido como encinas. Allí fué, dos días seguidos; pero, el tercer día, llevóse ella al mercado de Bonnières, á comprar gallinas; el día siguiente también fué perdido; el lienzo se había secado; él se impacientó retocándolo y acabó por abandonarlo. Durante toda la tibia estación, no se dedicó más que á caprichos, trozos de cuadro apenas esbozados, abandonados al primer pretexto, sin un esfuerzo de perseverancia. Su pasión de trabajo, esa fiebre de antaño que le ponía en pie desde el alba, batallando contra la pintura rebelde, parecía haberse desvanecido en una reacción de indiferencia y de pereza; y, deliciosamente, como acontece después de una larga enfermedad, vegetaba, saboreando el goce único de vivir por todas las funciones de su cuerpo.

Actualmente, para él, sólo existía Cristina. Ella lo envolvía en ese hálito de llama, donde se desvanecían sus voluntades de artista. Desde el beso ardiente, irreflexivo, que depositara ella en sus labios, una mujer había nacido de la muchacha, la amante que luchaba con la virgen, hinchaba su boca y hacía resaltar más y más la mandíbula. Revelábase cual debía ser, á pesar de su larga honradez: una carne de pasión, una de esas carnes sensuales, tan perturbadoras cuando se desprenden del pudor en que dormían. De golpe y sin maestro, sabía el amor, agrandándolo con el arrebató de su inocencia, y ella, hasta entonces ignorante, y él, casi bisonño todavía, hacían juntos los descubrimientos de la voluptuosidad, exaltándose en el éxtasis de aquella iniciación común. Acusábase él de su antiguo menosprecio; ¡menester era ser bobo para despreciar como un niño felicidades que aún no se conocían! En adelante, toda su ternura de mujer, aquella ter-

nura cuyo deseo agotaba antes en sus obras, ya no le enardecía sino por ese cuerpo vivo, elástico y tibio, que era su bien. Había creído amar los reflejos de la luz en pechos de raso, los bellos tonos de ámbar claro que doran la redondez de las caderas, el suave modelado de la pura desnudez. ¡Ilusión de soñador! Sólo ahora estrechaba en sus brazos ese triunfo de poseer su ensueño, siempre fugaz antaño, bajo su impotente mano de pintor. Ella se le entregaba entera y él la tomaba, desde sus cabellos hasta sus pies, estrechándola en un apretón hasta hacerla suya, hasta incrustarla en el fondo de su propia carne. Y ella, después de haber matado la pintura, feliz con no tener rival, no vivía sino colgada de su cuello, prolongando las bodas. Por la mañana, en el lecho, sus mórbidos brazos le retenían hasta muy entrado el día, como ligado por cadenas, en la fatiga de su felicidad; en la lancha, cuando ella remaba, dejábase llevar él sin fuerza, ebrio con sólo mirar su balanceo; en la hierba de las islas, fijos los ojos en el fondo de los suyos, permanecía en éxtasis días enteros absorbido por ella, vacío de corazón y de sangre. Y siempre, y en todas partes, los dos se poseían con el deseo insaciable de poseerse más.

Una de las sorpresas de Claudio era verla ruborizar á la menor palabrota que soltaba. Recogidas las faldas, sonreía ella con cierta confusión, volviendo los ojos á las alusiones picarescas. No le agradaban esas cosas. Y por ello, un día casi se incomodaron.

Era á espaldas de su casa, en el bosquecillo de encinas, adonde iban algunas veces, en recuerdo del beso que cambiaron allí cuando su primera visita á Bennecourt. Hostigado él por cierta curiosidad, interrogábala sobre su vida de convento mientras la tenía abrazada, acariciándola, in-

tentando confesarla. ¿Qué sabía ella del hombre, allá, qué decían del hombre con sus amigas?

—Ea, corazón, cuéntame, cuéntame... ¿Te figurabas?...

Mas ella sonreía no muy contenta, procurando desasirse:

—¡Qué necio eres! ¡déjame! ¿á qué ese empeño?

—Eso me divierte... Conque ¿sabías?...

Ella hizo un gesto de confusión, invadidas de rubor las mejillas:

—¡Qué te diré! lo mismo que las otras... Cosas...

Después, ocultando con fuerza el rostro contra su hombro:

—No deja una de quedar bien sorprendida.

Soltó él la carcajada estrechándola ardientemente é inundándola de besos. Pero cuando creyó tenerla suya y quiso confidencias, como de un camarada que nada tiene que ocultar, escapósele ella con frases evasivas, y acabó por embotijarse, muda, impenetrable. Y jamás, nunca, logró saber más, ni ella llevó más adelante sus confidencias. Había en ella ese fondo que todas guardan, ese despertar de su sexo, cuyo recuerdo queda sepultado y como sagrado. Era ella muy mujer, y aún se reservaba al darse entera.

Por primera vez aquel día, conoció Claudio que los dos eran extraños el uno para el otro. Una impresión de nieve, el frío de otro cuerpo le había sobrecogido. ¿Así, pues, nada del uno podía penetrar en el otro, cuando los dos se sofocaban entre sus brazos delirantes, ávidos de estrechar siempre más, aún más allá de la posesión?

Entretanto los días pasaban y no se les hacía gravosa la soledad. Ninguna necesidad de distracción, de visita que hacer ó recibir, les había sacado de su arrobamiento. Las horas que ella no

vivía junto á él, colgada de su cuello, las pasaba como vivaracha ama de casa, trastornándolo todo con grandes limpiones que Melia debía ejecutar en su presencia, con hambres caninas de actividad que la hacían luchar, en persona, contra las tres cacerolas de la cocina. Pero lo que sobre todo la ocupaba era el jardín; abatía cosechas de rosas sobre los rosales gigantes, armada de una podadera, destrozadas las manos por las espinas; sufrió una derrengadura queriendo coger albaricoques, cuya cosecha había vendido en doscientos francos á los ingleses que cada año pasaban por allí; y se vanagloriaba de esta operación, soñando que se podía vivir con los productos de su jardín. El, menos dado al cultivo, había instalado su diván en la vasta sala transformada en taller, y allí se tendía, viéndola sembrar y plantar por la abierta ventana. Era una tranquilidad absoluta la certidumbre de que nadie podía venir, de que ningún campanillazo le molestaría á ninguna hora ni momento. Tan lejos llevaba ese miedo de lo exterior, que le costaba pasar por delante, de la posada de los Faucheur, temiendo continuamente tropezar con alguna bandada de compañeros recién llegada de París. En todo el verano ni un alma vino. Y cada noche, al subir á acostarse, repetía: ¡qué ganga!

Una sola úlcera secreta sangraba en el fondo de aquella dicha. Después de su fuga de París, habiendo sabido Sandoz sus señas, le escribió preguntando si podía ir á verle, y Claudio no le había contestado. Quedaron malquistados y su antigua amistad parecía muerta. Cristina estaba desolada, pues comprendía que la ruptura era por su causa. A cada momento sacaba á conversación este pesar; no pretendía ella enagenarle sus amigos; exigía que reanudase sus buenas

amistades. Pero si él prometía arreglarlo, no lo hacía, como si se sintiese avergonzado. Hecho estaba ya; ¿á qué volver sobre lo pasado?

A fines de septiembre, escaseando el dinero, hubo de ir á París para vender al tío Malgrás media docena de antiguos estudios; y mientras le acompañaba á la estación, hízole ella jurar que iría á estrechar la mano á Sandoz. Por la tarde fué á esperar su regreso en la estación de Bonnières:

—Di, ¿le has visto? ¿os habéis dado un abrazo?

El echó á andar á su lado, silencioso, perplejo.

Después, con sordo acento:

—No—dijo;—no he tenido tiempo.

Entonces ella, apenada, repuso, mientras dos gruesas lágrimas humedecían sus ojos:

—¡Me das un verdadero sentimiento!

Y al llegar á la arboleda, la abrazó él, llorando también y rogándole que no aumentase su pena. ¿Acaso podía él cambiar su vida? ¿no les bastaba ser felices los dos?

Durante aquellos seis primeros meses tuvieron un encuentro. Era más arriba de Bennecourt, subiendo hacia la Roche-Guyon. Seguían un camino desierto y bordeado de árboles, uno de esos deliciosos caminos extraviados, cuando, en un recodo, tropezaron con tres burgueses de paseo: padre, madre é hija. Justamente, creyéndose muy solos, se habían enlazado por el talle, como enamorados que se distraen tras los setos; ella, inclinada, abandonaba sus labios; él, riendo, aproximaba los suyos; y fué tan viva la sorpresa que no se desasieron, prosiguiendo enlazados, andando con el mismo paso lento. Sobrecogida la familia, permanecía pegada contra un declive, el padre grueso y apoplético, la madre delgada como un cuchillo y la hija reducida á nada, desplumada como pájaro enfermo, y los tres feos y empobre-

cidos con la sangre viciada de su raza. Eran una vergüenza en plena vida de la tierra, bajo el espléndido sol. Y de repente la pobre niña que miraba pasar el amor, con ojos estupefactos, vióse empujada por su padre y llevada por su madre, ambos fuera de sí, exasperados por aquel beso libre, preguntándose si ya no existía policía en nuestros campos; mientras que, siempre sin apresurarse, los dos enamorados se alejaban triunfantes en su gloria.

Sin embargo, Claudio interrogaba sus vacilantes recuerdos. ¿Dónde diablos había visto ya aquellas fachas, aquella decadencia burguesa, aquellas faces deprimidas y opiladas que sudaban los millones ganados á costa del pobre mundo? Seguramente era en una circunstancia grave de su vida. Y, acordándose, conoció á los Margailan, ese contratista que Dubuche acompañaba en el Salón de los Recusados y que se había reído ante su cuadro, con risa tonante de imbecil. Doscientos pasos más allá, al desembocar con Cristina del camino hondo, salieron frente á una vasta propiedad, un gran edificio blanco circuído de soberbio parque, y supieron que la Richaudière, como así se llamaba, pertenecía á los Margailan desde dos años antes. La habían adquirido por un millón y medio de francos y acababan de gastar en adornarla otro millón más.

—He aquí un lado del país donde no volverán á cogernos—dijo Claudio, mientras regresaban á Bennecourt.—Ésos brutos echan á perder el paisaje.

Pero á fines del verano un gran acontecimiento vino á cambiar su vida: Cristina estaba en cinta y no lo advirtió, en su indolencia amorosa, hasta el quinto mes. Al principio causóles la novedad cierto estupor; nunca se les había ocurrido que tal lance pudiese acontecer. Después entraron en

reflexiones, nada alegres en verdad: él, trastornado por ese pequeño sér que iba á interponerse entre los dos; ella, presa de una angustia que no acertaba á explicarse, como si hubiese temido que ese accidente fuese el final de su grande amor. Durante muchos días abrazábale llorosa, procurando él en vano consolarla, semi-estrangulado por la misma tristeza sin nombre. Después, cuando se hubieron acostumbrado, enterneciéronse hablando del pobre pequeñuelo, engendrado, sin pensarlo, la trágica noche en que ella se le entregó entre lágrimas, en la acongojada oscuridad que anegaba el taller: las fechas lo decían: sería el hijo del sufrimiento y de la piedad, abofeteado en su concepción por la estúpida risa de las muchedumbres. Y desde entonces, como no eran malos, lo esperaban y hasta lo desearon, ocupándose ya de él y disponiéndolo todo para su venida.

Aquel invierno fué terriblemente frío. Cristina vióse retenida por un fuerte catarro en la mal cerrada vivienda, que no lograban calentar. Su embarazo le causaba frecuentes molestias; pasábase los días acurrucada junto al hogar y veíase obligada á enfadarse para que Claudio saliese sin ella á dar largos paseos sobre la tierra helada y sonora de los caminos. Y él, durante estas excursiones, hallándose solo después de varios meses de continua existencia entre dos, admirábase del giro que había tomado su vida, fuera de su voluntad. Nunca había deseado este apareamiento, ni aun con ella; sólo de pensarlo se hubiera horrorizado; y, sin embargo, hecho estaba y no era posible deshacerlo, pues no se sentía con ánimo para un rompimiento, aun cuando no la hubiese adorado. Evidentemente, aquella era su destino; debía atenerse á la primera que le quisiese: su miedo á las mujeres provenía de

su debilidad de esclavo para con ellas, conquistado por una mirada, encadenado por una caricia. La dura tierra resonaba bajo sus pies, el viento glacial coagulaba sus pensamientos, que se mecían en consideraciones vagas, en la suerte de haber tropezado, al menos, en una muchacha honrada, en lo cruel y sucio que hubiera sido enredarse con cualquiera modelo harta de rodar por los talleres; y reavivándose su gran amor, dábale prisa en volver á casa, para estrechar á Cristina entre sus trémulos brazos, como si hubiese estado á pique de perderla, desconcertado y desazonado cuando ella se desasía, lanzando un grito de dolor.

—¡Cuidado! ¡no aprietes tanto, que me lastimas!

Ella llevaba las dos manos á su vientre, y él contemplaba aquel vientre, siempre con la misma sorpresa ansiosa.

El alumbramiento tuvo lugar á mediados de febrero. Una comadrona había acudido desde Vernon; todo marchó perfectamente; la madre ya estuvo en pie á las tres semanas; el hijo, robusto infante, mamaba con tal avidez, que su madre se veía precisada á levantarse un par de veces por la noche para impedir que con sus lloros despertara á su padre. Desde entonces el pequeño sér amotinó la casa, por cuanto Cristina, tan activa casera, hacía muy torpe nodriza. La maternidad no medraba en ella, á pesar de su buen corazón y de los desconuelos en que la sumía la más mínima pupa; cansábase, irritábase en seguida, llamaba á Melia, quien agravaba los apuros con su boba estupidez; y era preciso que acudiese á ayudarla el padre, más apurado aún que las dos mujeres. Su antigua incomodidad al coser, su ineptitud para las labores de su sexo, reaparecían en los desvelos que el hijo reclama-

ba. Fué bastante mal cuidado, se crió algo á la ventura, á través del jardín y de las habitaciones dejadas en desorden de desesperación, atestadas de pañales, de juguetes rotos, de la suciedad y del destrózo de un señorito que crece. Y cuando el desbarajuste llegaba al extremo, ella no sabía hacer más que echarse en brazos de su caro amor; el pecho del hombre á quien amaba era su refugio, única fuente del olvido y de la dicha. Era amante, no más que amante; por el esposo hubiera dado veinte veces el hijo, y no aceptaba á éste sino porque venía de aquél. Hasta sentíase poseída de nuevo ardor desde su alumbramiento, savia reascendente de enamorada que vuelve á ser lo que era, con su talle libre y su refloreceda belleza. Nunca su carne apasionada se había ofrecido con tal estremecimiento de deseo.

Sin embargo, en esta época volvió Claudio á consagrarse algo á la pintura. Finía el invierno; no sabía en qué emplear las alegres mañanas de sol desde que Cristina no podía salir antes de mediodía, á causa de Santiaguito, el niño á quien habían puesto este nombre en recuerdo de su abuelo materno, descuidándose, por otra parte, de hacerlo bautizar. Empezó á trabajar en el jardín, primero con negligencia; hizo un croquis de la calle de albaricoqueros, bosquejó los rosales gigantes, compuso naturalezas muertas, cuatro manzanas, una botella y un pote de barro sobre una servilleta. Era para distraerse. Después se enardeció: la idea de pintar una figura vestida en pleno sol, acabó por asediarse; y desde entonces, su mujer fué su víctima, víctima complaciente, eso sí, ofreciéndose espontánea; feliz, en su adoración, al complacerle, sin aún comprender qué terrible rival se preparaba. Pintóla veinte veces, vestida de blanco, vestida de rojo en mitad de las verdes hierbas, en pie y andando bajo la

arboleda, semitendida sobre el césped, tocada con un gran sombrero de campo, en cabello, abrigada por una sombrilla cuya seda cereza bañaba su rostro de rosada claridad. Nunca quedaba plenamente satisfecho; raspaba los lienzos á las dos ó tres sesiones, volvía á empezar, aferrándose al mismo tema. Algunos estudios incompletos, pero de encantadora notación en el vigor de su factura, fueron salvados del cuchillo de paleta y colgados en las paredes del comedor.

Y en pos de Cristina, tocóle el turno á Santiaguito. Poníanle desnudo como un pequeño San Juan, acostándolo, en los días tibios, sobre una sábana; no había de moverse. Pero era un diablillo. Regocijado, cosquilleado por el sol, reía y perneaba, levantando sus rosados piecitos, arrollándose y revolcándose. El padre, después de reirse, se enfadaba y vociferaba contra ese maldecido mocososo que no podía estar serio un minuto. ¿Era cosa de broma la pintura? Entonces la madre, á su vez, afectando ponerse seria, mantenía quieto al pequeñuelo para que el pintor cogiese al vuelo el dibujo de un brazo ó de una pierna. Durante algunas semanas, obstinóse en esta tarea, seducido por los lindos matices de aquella carne. Ya no lo contemplaba sino con ojos de artista, como un asunto de obra maestra, entornando los párpados para verle mejor, soñando en el cuadro. Y reiteraba el experimento, acechándole días enteros, furioso de que el bribonzuelo no quisiese dormir durante las horas en que habría podido retratarlo.

Un día en que Santiaguito lloraba, resistiéndose á permanecer quieto, Cristina dijo cariñosamente:

—Considera que le estás fatigando al pobrecillo.

Entonces Claudio, en un arranque preñado de remordimientos:

—¡Tienes razón!—exclamó;—¡soy un estúpido

con mi pintura! ¡Los chiquillos no son á propósito para esto!

La primavera y el verano transcurrieron todavía en plácida calma. Salían menos, habían casi olvidado la lancha, que acababa de pudrirse junto al ribazo, pues era magno asunto llevarse al pequeño á las islas. Pero, en cambio, costeaban á menudo, á paso lento, la orilla del Sena, sin alejarse nunca más allá de un kilómetro. El, fatigado ya de los eternos motivos del jardín, intentaba ahora estudios á orillas del agua; y estos días iba ella á buscarle, con el niño, y sentábase para verle pintar, no regresando los tres á casa hasta la hora del crepúsculo. Una tarde quedó sorprendido viéndola llevar su antiguo álbum de niña. Ella, bromeando, díjole que le daba ganas de trabajar el verle trabajar á él. Su voz temblaba ligeramente; la verdad era que sentía la necesidad de ingerirse á medias en su tarea, desde que esa tarea se lo iba robando cada vez más. Dibujó, y hasta compuso dos ó tres acuarelas con cuidadosa mano de colegiala. Después, desalentada por sus sonrisas, comprendiendo que la comunión no se establecía en este terreno, abandonó de nuevo su álbum, -obligándole á prometerle que le daría lecciones de pintura, cuando tuviese tiempo para ello.

Por lo demás, encontraba lindísimos sus últimos lienzos. Después de aquel año de reposo en plena naturaleza, en plena luz, pintaba él con una visión nueva, como aclarada, de una armonía de colores viva, chillona. Nunca hasta entonces había poseído esa ciencia de los reflejos, esa sensación tan justa de los seres y de las cosas, bañados en la claridad difusa. Y en lo sucesivo, ella lo hubiera encontrado perfecto, seducida por ese banquete de colores, si él hubiese querido acabar más, evitándole la sorpresa de un terreno-lila

ó de un árbol azul, que daban al traste con todas sus ideas adquiridas de coloración. Cierta día, osando permitirse una censura, precisamente á causa de un álamo pintado de azul, él la hizo comprobar en la naturaleza misma ese azulamiento delicado de las hojas. No cabía duda, el árbol era azul; pero, en el fondo, no se daba por vencida; condenaba la realidad; en pintura no había árboles azules.

Desde entonces, sólo habló con gravedad de los estudios que él colgaba de las paredes de la sala. El arte se infiltraba en su vida, lo cual la preocupaba algunas veces. Cuando le veía salir con su saco, su pica y su quitasol corría, en un arranque, á colgarse de su cuello.

—¿ Me amas, di?

—¡ Tonta! ¿por qué no te amaría yo?

—¡ Pues entonces, abrázame como me amas, fuerte, muy fuerte!

Después, acompañándole hasta el camino:

— Trabaja; ya sabes que nunca te he impedido trabajar... ¡Anda, anda, cuando trabajas estoy muy contenta!

Una sorda inquietud pareció dominar á Claudio, hojas y trajo los primeros fríos. Precisamente la estación fué abominable; quince días de lluvias cuando el otoño de aquel segundo año abatió las torrenciales lo retuvieron ocioso en casa; después, las brumas vinieron á cada rato á contrariar sus sesiones. Permanecía silencioso junto al hogar, sin nunca hablar de París; mas la inmensa villa erguía allí, en el horizonte, la villa de invierno con su gas llameando desde las cinco, sus reuniones de amigos luchando de emulación, su vida de producción ardiente que ni siquiera moderaban los hielos de diciembre. En un mes fué tres veces á París, con pretexto de ver á Malgrás, á quien había vendido algunos otros cuadritos. Ahora ya

no evitaba pasar por delante de la posada de los Faucheur; hasta se dejaba detener por el tío Poirette y aceptaba un vasito de vino; y sus miradas registraban la sala, como si á pesar de la estación, buscara á antiguos compañeros, llegados por la mañana. Pasaba largas horas, aguardando; después, desesperado por la soledad, volvía á casa, sofocado de cuanto en él bullía, enfermo por no tener á quien gritar lo que estallaba en su cráneo.

Transcurrió el invierno, sin embargo, y Claudio tuvo el consuelo de pintar algunos lindos efectos de nieve. Comenzaba un tercer año cuando, á principios de junio, conmovióle un encuentro inesperado. Aquella mañana había subido á una loma en busca de un motivo, pues las orillas del Sena habían acabado por fatigarle; y quedó atónito, al dar vuelta á un sendero, frente á Dubuche, que se adelantaba, entre dos setos de saúco, cubierto con un sombrero de copa, y correctamente abotonado en su levita.

—¡Cómo! ¡eres tú!

El arquitecto, contrariado, tartamudeó:

—Sí, voy á una visita... cosa sumamente estúpida, en el campo. Pero ¡qué diablos! hay que guardar consideraciones.... Y tú ¿vives aquí? Lo sabía... es decir, ¡no! ¡algo me habían dicho, pero me figuraba que era en la otra orilla, más lejos!

Claudio, muy conmovido por el encuentro, sacóle de apuros:

—¡Bueno, bueno, querido! no necesitas excusarte; el culpable soy yo... ¡Ah! ¡cuánto tiempo hace que no nos vemos! ¡Si supieses qué vuelco acaba de darme el corazón al percibir tu nariz entre las hojas!

Entonces, cogiéndole del brazo, lo acompañó, riendo de gozo; y el otro, en la continua preocupación de su fortuna, que le conducía siempre á

hablar de sí, púsose á charlar en seguida de su porvenir. Acababa de obtener el primer grado en la Escuela, después de haber arrancado con infinita pena las menciones reglamentarias. Mas este triunfo lo tenía perplejo. Sus padres, que no le enviaban ya ni un céntimo, lloraban miseria, para que él los mantuviera á su vez; había renunciado al premio de Roma, en la seguridad de ser derrotado, por la urgencia de ganarse la vida; y estaba ya cansado y harto de ganar un franco y medio por hora sirviendo á arquitectos ignorantes que le trataban como á un peón de albañil. ¿Qué senda elegir? ¿cómo adivinar el camino más corto? Abandonaría la Escuela, lograría un buen empuje de su patrón, el poderoso Dequersonnière, que le estimaba por su docilidad de discípulo trabajador. Eso sí, ¡cuántas penalidades aún, qué de incógnitas en lo futuro! Y quejábase amargamente de esas Escuelas del gobierno, donde uno se descrismaba tantos años, y que ni siquiera aseguraban un porvenir á cuantos de su seno salían.

Bruscamente, se detuvo en mitad del sendero. Los setos de saúco desembocaban en rasa campiña y la Richaudière acababa de aparecer, entre sus frondosos árboles

—¡Toma! ¡es verdad!—exclamó Claudio;—¡no había pensado en ello! ¡Vas á esa barraca! ¡Vaya unos monigotes; qué fachas!

Dubuche, vejado por ese grito de artista, protestó, con cierta gravedad.

—Eso no impide que el señor Margailan, por estúpido que te parezca, sea todo un hombre en su especialidad. Hay que verle en sus canteras, en medio de sus edificaciones: una actividad de mil demonios, un sentido sorprendente de buena administración, un olfato maravilloso de las calles que conviene construir y de los materiales

que conviene comprar. Por lo demás, no gana uno millones sin ser un caballero... ¡Y después, para lo que le necesito! Muy necio fuera yo, no siendo muy atento con un hombre que puede serme útil!

Hablando, obstruía el camino, impidiendo á su amigo seguir adelante, sin duda por temor de comprometerse si les veían juntos, y para darle á entender que debían separarse allí mismo.

Iba Claudio á interrogarle sobre los amigos de París; mas callóse. Ni una palabra tocante á Cristina. Y resignábase á despedirse, tendiéndole la mano, cuando á su pesar salió de sus labios trémulos esta pregunta:

—¿Qué tal sigue Sandoz?

—Bien, muy bien. Raras veces le veo... El mes pasado me habló aún de ti. Sigue siempre lamentando que nos hayas dado con la puerta en las narices.

—¡No digas eso, no hay tal!—gritó Claudio fuera de sí;—muy al contrario, os suplico que vengáis á verme. ¡Si supieseis cuánto me alegraría!

—¡Bueno; convenido! vendremos. ¡Le diré que venga, palabra de honor! ¡Adiós, adiós, querido, estoy de prisa!

Y alejóse en dirección á la Richaudière. Claudio permaneció inmóvil un rato, contemplantlo cómo se achicaba con la distancia, á través de los campos, con la reluciente seda de su sombrero y la negra mancha de su levita. Y regresó á casa, lentamente, poseído el corazón de una tristeza inmotivada, sin mentar á Cristina su encuentro.

Ocho días después, Cristina, que había ido á casa de los Faucheur á comprar una libra de fideos, entreteníase charlando con una vecina, llevando en brazos al niño, cuando un caballero,

que acababa de llegar en la barca, se acercó á ella, preguntando:

—¿Vive por aquí el señor Claudio Lantier?

Ella, sorprendida, respondió sencillamente:

—Sí, señor... si se digna usted seguirme...

Durante un centenar de metros, anduvieron uno junto á otro. El forastero, que parecía conocerla, la había mirado con benévola sonrisa; pero, como apresurara el paso, ocultando su turbación bajo un aire de gravedad, callábase aquél. Abrió ella la puerta, y le condujo á la sala, diciendo:

—¡Claudio, tienes una visita!

Siguióse una exclamación; ambos hombres estaban ya uno en brazos de otro.

—¡Ah! ¡mi querido Pedro! ¡qué amable has sido en venirte!... ¿Y Dubuche?

—A última hora, lo retuvo un negocio y me mandó un telegrama para que partiese sin él.

—¡Bueno! ¡así me lo figuraba! Pero aquí estás tú ¡ah! ¡trueno de Dios! ¡qué alegría me das!

Y volviéndose á Cristina, que sonreía, contagiada por su gozo:

—No me acordé de contártelo. El otro día encontré á Dubuche, que se dirigía allá arriba, á la quinta de aquellos fachas...

Pero, interrumpiéndose de nuevo, exclamó con impetuoso arranque:

—¡No sé lo que me hago, de veras! Nunca os habéis hablado, y os dejo ahí... ¿Ves, querida, á este señor? es mi antiguo camarada, Pedro Sandoz, á quien quiero como á un hermano; y á ti, querido, te presento á mi mujer. ¡Y ahora vais á abrazaros los dos!

Cristina se echó á reír francamente y ofreció la mejilla de todo corazón. Desde luego Sandoz le había sido simpático con su bondadoso aspecto, su sólida amistad y el afecto paternal con que la contemplaba. La emoción humedeció sus ojos

cuando él, reteniéndole las manos entre las suyas le dijo:

—Muy buena es usted amando á Claudio y espero que sigan ustedes amándose siempre, porque es lo mejor de este mundo.

Después, inclinándose para dar un beso al pequeñuelo, que ella conservaba aún en brazos:

—Con que, ¿ya tenemos uno?

El pintor hizo un gesto, como excusándose:

—¿Qué quieres? ¡eso brota cuando menos se piensa!

Claudio retuvo á Sandoz en la sala, mientras Cristina revolvía la casa para el almuerzo. En dos palabras refirióle su historia, quién era ella, cómo la había conocido, qué circunstancias les habían inducido á aparejarse; y quedó atónito al preguntarle su amigo que por qué no se casaban. ¡Dios mío! ¿por qué? porque nunca se les había ocurrido, porque seguramente no serían más ni menos felices. Finalmente, porque era cosa sin consecuencia.

—¡Bueno!—dijo el otro,—por mí, siga como está... Sin embargo, la obtuviste honrada, y deberías casarte con ella!

—¡Cuando ella quiera, hombre! ¡De seguro que no pienso en dejarla plantada con un hijo á cuestas!

Después, Sandoz maravillóse ante los estudios colgados de las paredes. ¡Ah! ¡no había perdido su tiempo el tunantón! ¡Qué precisión de tono, qué golpe de sol verdadero! Y Claudio, que le escuchaba, extasiado, con sonrisas de orgullo, iba á interrogarle sobre los camaradas de París, sobre sus trabajos, cuando reapareció Cristina, gritando:

—Vengan ustedes; los huevos están en la mesa. Almorzaron en la cocina, un almuerzo extraordinario, una fritada de gubios en pos de los hue-

vos pasados por agua; después, el cocido de la víspera, aliñado en ensalada, con patatas y un arenque ahumado. Era una delicia: el olor penetrante y aperitivo del arenque que Melia había dejado caer sobre la brasa, y la cantilena del café que, gota á gota, pasaba á través del filtro, junto al hornillo. Y cuando llegaron los postres, fresas recién cogidas en el huerto de una vecina, y queso tierno sacado de la lechería de otra vecina, charlaron interminable rato, apoyados de codos en la mesa. ¿En París? ¡Dios mío! en París los camaradas no producían grandes novedades. Sin embargo, ¡qué diablo! codeábanse unos á otros, empujándose para ver quién caería primero. Naturalmente, los ausentes hacían mal; si uno quería que no se le olvidara demasiado, mejor hiciera no ausentándose. Pero, ¿acaso el talento no es talento? ¿por ventura no subía siempre á la cumbre todo hombre dotado de voluntad y vigor? ¡Ah! ¡sí! aquel era el dorado sueño: ¡vivir en el campo, hacinar obras maestras y el mejor día aplastar á París, abriendo la maleta!

Por la noche, cuando Claudio acompañó á la estación á Sandoz, díjole éste:

—A propósito, quería confiarte algo... Creo que voy á casarme.

Oyendo esto, soltó el pintor la carcajada:

—¡Ah, bribonazo! ¡ahora comprendo tu sermón de la mañana!

Esperando el tren, siguieron su plática. Sandoz explicó sus ideas sobre el matrimonio, que consideraba prosáicamente como la condición esencial del buen trabajar, de la tarea reglamentada y sólida, para los grandes productores modernos. La mujer devastadora, la mujer que mata al artista, le tortura el corazón y consume su cerebro, era una idea romántica, contra la que protestaban los hechos. El, por otra parte, necesitaba de

un afecto guardián de su tranquilidad, de un hogar de ternura donde poder enclaustrarse, á fin de consagrar su vida entera á la obra enorme que incesantemente soñaba. Y añadía que todo dependía de la elección, que creía haber encontrado á la que buscaba, una huérfana, hija única de unos tenderitos sin un céntimo, pero hermosa, inteligente, capaz de todas las fortunas. Desde hacía seis meses, después de haber hecho dimisión de su empleo, habíase lanzado al periodismo, donde ganaba más ampliamente su subsistencia. Acababa de instalar á su madre en una casita de Batignolles, y anhelaba allí una existencia trinitaria, dos mujeres para amarle, y él unos pocos asaz fuertes para alimentar á toda su gente.

—Cásate, pues, querido—dijo Claudio.—Cada cual debe obrar según sus sentimientos... Adiós, el tren llega... ¡No dejes de venir á vernos!

Durante el verano, volvió Sandoz repetidas veces. Presentábase al azar, cuando su periódico se lo permitía, libre aún, pues no debía casarse hasta otoño. Eran días venturosos, tardes enteras de confidencias, las antiguas ambiciones de gloria reanudadas en comunidad.

Cierto día, solo con Claudio en una isleta, tendidos uno junto á otro, vagando sus miradas por el cielo, contóle su vasta ambición, confesándose en voz alta:

—Mira, el periódico no es más que un terreno de combate. Hay que vivir y hay que batirse para vivir. Además, esa miserable prensa, á pesar de los ascós del oficio, es una endemoniada potencia, un arma invencible en manos de un mozo convencido... ¡Pero si me veo precisado á utilizarla, no envejeceré en el oficio, eso no! Ya di con mi tarea, sí, tengo lo que buscaba, una tarea para reventar de trabajo, algo donde voy

á abismarme y de donde tal vez no vuelva á salir.

De las hojas inmóviles en el abrumante calor descendía un silencio. Y Sandoz prosiguió, con voz lenta y frases sin hilación:

—¡Bah! estudiar al hombre tal cual es, no su monigote metafísico, sino el hombre fisiológico, determinado por el medio ambiente, obrando al juego de todos sus órganos. ¿No es una farsa ese estudio continuo y exclusivo de las funciones del cerebro, so pretexto de que sólo el cerebro es un órgano doble? El pensamiento, el pensamiento, ¡rayo de Dios! el pensamiento es producto del cuerpo entero. ¡Haced pensar, sino, á un cerebro solo, y ved en qué viene á parar la nobleza del cerebro, cuando el vientre está enfermo! ¡Necedad! La filosofía no está allí, la ciencia tampoco; somos positivistas, evolucionistas, y guardaríamos el maniquí literario de los tiempos clásicos, y seguiríamos desenredando las enmarañadas greñas de la razón pura! Quien dice psicólogo, dice traidor á la verdad. Por otra parte, psicologías, fisiologías, eso nada significa; una penetró en la otra y hoy no son más que una, el mecanismo del hombre convergiendo á la suma total de sus funciones... ¡Ah! ¡ahí está la fórmula, no tiene otra base nuestra revolución moderna, es la muerte fatal de la antigua sociedad, el nacimiento de una sociedad nueva y es necesariamente el empuje de un arte nuevo, en este nuevo terreno... ¡Sí, ya veréis, ya veréis qué literatura va á germinar para el próximo siglo de ciencia y de democracia!

Su voz, creciente, perdíase en el fondo del cielo inmenso. Ni una brisa soplabá, dejándose oír tan solo, entre los sauces, el mudo deslizar del río.

Y volviéndose bruscamente hacia su compañero, le dijo á la cara:

—Entonces, he dado con lo que necesitaba. No mucho, en verdad, un rinconcillo solamente, lo que basta para una vida humana, aun cuando se tenga una vasta ambición... Voy á tomar una familia, y estudiaré á sus miembros, uno por uno, de dónde vienen, á dónde van, cómo reaccionan unos sobre otros; en fin, una humanidad en pequeño, la manera cómo la humanidad se desarrolla y se comporta... Por otra parte, situaré á mis hombres en un periodo histórico determinado, lo cual me dará el medio y las circunstancias, un trozo de historia... ¿Eh? ¿comprendes? Una serie de volúmenes, episodios que se enlazarán, aunque formando cuadro aparte, una sucesión de novelas con que edificarme una casa para mis viejos años, si antes no me aplastan!

Volvió á tenderse y alargó los brazos sobre la hierba, como si quisiera penetrar en la tierra, riendo, bromeando:

—¡Ah! ¡tierra bondadosa! ¡acógeme, tú, madre común, única fuente de la vida! ¡tú, la eterna, la inmortal, donde circula el alma del mundo, esa savia diseminada hasta en las piedras y que nos da por hermanos inmóviles esos árboles! Sí, quiero fundirme en ti; á ti te siento, bajo mis miembros, abrazándome é inflamándome; tú sola serás en mi obra como la fuerza primera, el medio y el fin, el arca inmensa donde todas las cosas se animan con el hálito de todos los seres!

Mas, aunque comenzada en broma, con la ampulosidad de su énfasis lírico, acabó esta invocación con un grito de convicción ardiente, que estremecía una emoción profunda de poeta; humedeciéronse sus ojos, y para ocultar este enterrecimiento, añadió con voz brutal y gesto que abarcaba el horizonte:

—¡Qué necesidad! ¡un alma para cada uno de nosotros, cuando existe esa alma tan grande!

Claudio había permanecido inmóvil, aplanado, hundido en la hierba. Y tras un nuevo silencio, concluyó:

—¡Bravo, valiente! ¡reviéntalos á todos; pero cuidado, no te aplasten!

—¡Oh!—dijo Sandoz, levantándose y desperezándose,—tengo demasiado duros los huesos. Se estrellarán sus puños... Vámonos; no quiero perder el tren.

Cristina, que á cada momento iba profesándole mayor amistad, viéndole erguido y robusto en la vida, se atrevió por fin á pedirle un servicio: que apadrinase á Santiaguito. Verdad que ya no ponía los pies en la iglesia; pero, ¿por qué privar al pequeñuelo de lo que es uso y costumbre? Además, lo que sobre todo la decidía era el darle un sostén en el padrino que tanto le ponderaban, y tan sesudo, en los arranques de su fuerza. Claudio, sorprendido, consintió encogiéndose de hombros. Y celebróse el bautizo, con asistencia de madrina, la hija de una vecina. Fué un día de fiesta, figurando en la mesa una langosta, traída de París.

Precisamente aquel día, al despedirse, tomó Cristina del brazo á Sandoz, y llevándole á un lado, le dijo, con acento de súplica:

—¿Volverá usted pronto, verdad? ¡Se fastidia!...

En efecto, actualmente asediaban á Claudio negras melancolías. Descuidaba sus estudios, salía solo, rondaba á su pesar frente á la posada de los Faucheur, en el sitio donde atracaba la barca, como si esperara siempre ver desembarcar á París. París le asediaba; á París iba y de París volvía desolado, incapaz de trabajar. Llegó el otoño, después el invierno, húmedo, empapado en lodo; y lo pasó en un amodorramiento huraño,

amargo para el mismo Sandoz que, casado en Octubre, ya no podía realizar tan á menudo su viaje á Bennecourt. No parecía salir de su letargo sino después de cada una de estas visitas, cuya excitación le duraba toda una semana. El, que antes ocultaba su nostalgia de París, aturdía actualmente á Cristina, charlando con ella mañana y tarde acerca de asuntos que ella ignoraba y de personas á quienes nunca había visto. Era, junto al hogar, cuando Santiaguito se dormía, comentarios sin fin. Entusiasmábase; y aun era preciso que ella diera su opinión, y se interesara en esos cuentos.

¿Podía darse cosa más imbécil que Gagnière, embruteciéndose en su música, cuando tan fácil le era distinguirse como paisajista? ¡A su edad, según decían, acababa de tomar una maestra de piano! ¡Vaya! ¿qué decía á esto Cristina? ¡un verdadero arranque de locura! Y Jory, que intentaba volver á encolarse con Irma Bécot, desde que ésta poseía un pequeño hotel, calle de Moscou! Ya les conocía ella á entrambos; buen par de rocines, ¿verdad? Pero el insigne entre los insignes era Fagerolles, á quien se proponía espetar unas cuantas, el primer día que le viese. ¡Hola! ¿pues no acababa de presentarse á oposiciones para el premio de Roma? ¡un mozo que se mofaba de la Escuela, y que hablaba de demoler todo lo existente! ¡Ah! decididamente, la picazón del éxito, la necesidad de pasar por encima del vientre de los camaradas y de obtener el saludo de los necios, inducía á cometer grandes marranadas! Veamos: á ese no le defendería ella, no sería bastante burguesa para defenderle ¿eh? Y cuando ella le daba la razón, recaía él con grandes risotadas nerviosas en el mismo tema, que encontraba sumamente cómico: la anécdota de Mahoudeau y de Chaîne, que habían

matado al pequeño Jabouille, al marido de Matilde, la terrible herbolaria; sí, matado, una noche que ese cornudo tísico había tenido un síncope y que entrambos, llamados por la mujer, se habían puesto á friccionarle con tanto afán, que se les quedó entre manos!

Entonces, si Cristina no se mostraba bastante jovial, levantábase Claudio, diciendo con huraño acento:

—¡Oh! á ti nada te hace reír... ¡Vamos á la cama, mejor será!

Aún la adoraba, y la poseía con el desesperado arrebató del amante que pide al amor el olvido total, la dicha única. Pero no podía ir más allá del beso; ya no le bastaba ella; otro tormento, invencible, le dominaba!

Llegada la primavera, Claudio, que había jurado no exponer nada más, afectando desdenes, preocupóse mucho del Salón. Cuando veía á Sandoz, interrogábale sobre los envíos de los camaradas. El día de la inauguración, fué allá y regresó la misma tarde, trémulo, muy severo. Sólo había un busto de Mahoudeau, regular, sin importancia; un pequeño paisaje de Gagnière, admitido en el montón, de preciosa nota rubia; después, nada más que el cuadro de Fagerolles, una actriz en su cuarto-tocador, tamaño natural. No lo había citado al principio, y después habló de él, con risas indignadas. ¡Qué prestidigitador el tal Fagerolles! Ya que no había alcanzado el premio de Roma, no temía figurar en la Exposición, separándose de la Escuela, ¡pero con qué maña! ¡una pintura que mostraba la osadía de lo verdadero, sin una sola cualidad original. Y obtendría éxito, ¡sí! los burgueses gustaban demasiado de que les hicieran cosquillas, afectando empujarlos. ¡Ah! ¡ya era hora de que un verdadero pintor apareciese, en aquel mustio de-

sierto del Salón, en medio de tantos tunantones y de tantos imbéciles! ¡Qué sitio vacante, rayo de Dios!

Cristina, que le veía enojarse, acabó por decir, titubeando:

—Si quisieras, volveríamos á París.

—¿Quién habla de eso?—gritó.—No puede uno conversar contigo, sin que al momento salgas con un pie de banco.

Seis semanas después, supo una noticia que le ocupó ocho días: su amigo Dubuche se casaba con la señorita Regina Margaillan, la hija del propietario de la Richaudière; y era una historia complicada, cuyos detalles le asombraban y le regocijaban enormemente. En primer lugar, ese animal de Dubuche acababa de ganarse una medalla con un *Proyecto de Pabellón* en medio de un parque, que había expuesto; lo cual era ya muy chusco, porque el *Proyecto*, según decían, hubo de ser retocado por su patrón Dequersonnière quien, con la mayor tranquilidad, le había hecho otorgar una medalla por el Jurado de su presidencia. Después, lo piramidal era que esta recompensa, prevista, había decidido el matrimonio. ¿Eh? lindo tráfico, sí: actualmente, las medallas del Jurado no servían sino para ingerir á los buenos discípulos indigentes en el seno de las familias ricas! El tío Margaillan, como todos los advenedizos, soñaba encontrar un yerno que le ayudase, que le aportase, en su porción, los diplomas auténticos y las elegantes levitas que le faltaban; y, desde hacía algún tiempo, cobijaba entre ojos á ese joven, á ese discípulo de la Escuela de Bellas Artes, cuyas notas eran tan excelentes, tan aplicado, tan recomendado por sus profesores. La medalla le entusiasmó; y sin más, concedió su hija y tomó ese socio que decuplicaría los millones ya ganados, pues sabía lo que

debía saberse para edificar bien. Por otra parte, la pobre Regina, siempre triste, siempre malucha, se ganaba un marido de perfecta salud.

—¿Qué te parece?—repetía Claudio á su mujer;—mucha afición debe tener uno á los millones para casarse con ese infeliz gatito desollado!

Y como Cristina, compadecida, la defendiese:

—¡Pero si no lo digo por ella! mejor, si el matrimonio no la remata; ninguna culpa tiene de que su albañil de padre hubiese tenido ya la ambición estúpida de casarse con la hija de un burgués, ni de que la hayan confeccionado tan mal entre los dos, él con la sangre corrompida por generaciones de borrachos, y ella extenuada, carcomida por todos los virus de las razas que se extinguen. ¡Ah! ¡valiente decadencia entre monedas de cien sueldos! ¡Ganad, imbéciles, ganad dinero para poner á vuestros fetos en espíritu de vino!

Hacíase feroz, y su mujer debía cogerle, guardarle entre sus dos brazos, y besarle y reir, para que volviese á ser el buen muchacho de los tiempos primeros. Entonces, más tranquilo, comprendía, aprobaba los matrimonios de sus dos antiguos camaradas. Y, en resumidas cuentas, era verdad; los tres habían tomado mujer. ¡Qué chusca es la vida!

Otra vez más llegó á su fin el verano, el cuarto verano que pasaba en Bennecourt. Nunca debían ser más felices; la vida les era fácil, en el fondo de aquel pueblecito, tranquila y barata. Desde que habitaban allí, no les había faltado dinero; los mil francos de renta y los pocos lienzos vendidos bastaban á sus necesidades; hasta economizaban; habían comprado ropa blanca. Por su parte, Santiaguito, de dos años y medio, se encontraba á sus anchas en el campo. Pasaba los días arrastrándose por el suelo, pingajoso, lleno de barro, creciendo á su antojo, con una salud colo-

radota. Ahora, ya destetado, abandonábalo su madre algo más, pues á menudo no sabía por dónde agarrarle para limpiarlo un poco; y cuando le veía comer bien y dormir lo mismo, no se preocupaba de él mayormente, reservando todas sus ternuras inquietas para su otro hijazo artista, su amado hombre, cuyos negros humores la llenaban de verdadera angustia. Cada día empeoraba la situación; por más que viviesen desahogados, tranquilos, con buena salud, sin causa alguna de pesar, lo cierto era que se iban deslizando á una melancolía creciente, á un malestar que se traducía por una irritación de todos los minutos.

Consumados estaban los goces primeros del campo. Su lancha podrida, desfondada, se había hundido al lecho del río. Por otra parte, ni siquiera se les ocurría servirse de la canoa que los Faucheur habían puesto á su disposición. El Sena les fastidiaba; tenían pereza de remar, y aunque repetían, sobre ciertos puntos deliciosos de las islas, las exclamaciones de antaño, nunca les habían dado tentaciones de volver á ellos. Hasta los paseos á lo largo del ribazo habían desmerecido en atractivos; allí, era cosa de achicharrarse en verano, y de acatarrarse en invierno; y en cuanto á la loma, á aquellas vastas extensiones de terreno plantadas de manzanos que dominaban el pueblo, venían á ser como un país lejano, sitio demasiado apartado para que á uno le ocurriese la locura de arriesgar hasta allá sus piernas. También les irritaba su casa, ese cuartel donde era fuerza comer entre la bazofia de la cocina, y donde los cuatro vientos del cielo se batían al través de su alcoba. Para colmo de contrariedades, la cosecha de albaricoques había fracasado aquel año, y los más hermosos rosales gigantes, ya muy viejos é invadidos de una lepra, habían muerto. ¡Ah! ¡melancólico desgaste del hálito! ¡cómo parecía

envejecer la naturaleza, en aquella saciedad hastiada de los mismos horizontes! Lo peor era que, en sí, el pintor le tomaba asco á la comarca, no encontrando un solo motivo que le enardeciera, recorriendo los campos con paso triste, como un dominio vacío en adelante, cuya vida hubiese agotado, sin dejar allí el interés de un árbol ignoto, de un golpe de luz imprevisto. No; acabóse; ya no haría nada de bueno en ese país de perros!

Llegó octubre, con su cielo anegado en agua. Una de las primeras tardes de lluvia encolerizóse Claudio porque la comida no estaba lista. Plantó á la estúpida Meliá en la puerta y abofeteó á Santiaguito, que se enredaba entre sus piernas. Entonces Cristina, llorosa, abrazóle, exclamando:

—¡Vámonos, ea! ¡volvamos á París!

Desprendióse él, gritando colérico:

—¡Todavía con esas!... Que no se repita, ¿oyes?

—Hazlo por mí—repuso ella con ardor.—¡Yo te lo pido!

—¿Te fastidias aquí, por ventura?

—Sí, y llegaría á morirme si nos quedáramos... Además, quiero que trabajes, comprendo que tu sitio está allí. Sería un crimen tenerte enterrado por más tiempo.

—¡Que no! ¡déjame!

Estaba trémulo; París le llamaba, al horizonte, aquel París de invierno que se encendía de nuevo. Oía allí el gran esfuerzo de los camaradas; allí entraba, para que no triunfasen sin él, para volver á ser el jefe, ya que ninguno tenía fuerza ni orgullo para serlo. Y en esta alucinación, en la necesidad que sentía de correr allá, emperrábase en negarse, por una contradicción involuntaria que surgía del fondo de sus entrañas, sin que acertase á explicársela él mismo. ¿Sería acaso el miedo, que estremece la carne de los más va-

lientes, el sordo debate de la dicha contra la fatalidad del destino?

—Mira—díjole violentamente Cristina;—voy á arreglar los baúles y te me llevo.

Cinco días después, regresaban á París, previo embalaje y envío de todo el mueblaje al camino de hierro.

Claudio estaba ya en marcha, con Santiaguito, cuando Cristina pretextó que había olvidado algo. Volvió sola á la casa, y encontrándola completamente vacía rompió á llorar; era una sensación de arrancamiento, algo de sí misma que dejaba allí, sin que pudiese precisarlo. ¡Con qué gusto se hubiera quedado! ¡cuán ardientemente deseaba vivir siempre allí, y sin embargo acababa de exigir esa partida, ese regreso á la villa de pasión, donde presentía una rival! Continuó buscando lo que le faltaba y acabó por arrancar una rosa, ante la cocina, una última rosa, arrugada por el frío. ¡Y después, cerró la puerta del desierto jardín!

VII

Desde que Claudio se halló de nuevo sobre el empedrado de París, sintióse poseído de una fiebre de agitación y de movimiento, del deseo de salir, de recorrer la villa, de visitar á los camara-

das. En cuanto despertaba, corría á la calle dejando á cargo de Cristina la instalación del pequeño taller que habían alquilado, calle de Douai, junto al bulevar de Clichy. De esta suerte, al segundo día de su llegada, cayó como una bomba en casa de Mahoudeau, á las ocho de una mañana gris y helada de noviembre.

La tienda de la calle de Cherche-Midi, que el escultor seguía ocupando, estaba abierta ya; y Mahoudeau, pálido, entre dormido y despierto, sacaba los postigos, tiritando:

—¡Hola! ¡eres tú! ¡diantre! ¡muy madrugador debías ser en el campo! ¿Y qué? ¿ya estás de vuelta?

—Sí, desde anteayer.

—¡Bravo! así nos veremos á menudo... Entra, hombre; que el tiempo está muy duro.

Pero en la tienda, sintió Claudio tanto frío como fuera de ella. Conservó levantado el cuello de su gabán y sepultó las manos en el fondo de sus bolsillos, ante la chorreante humedad de las desnudas paredes, el barro de los montones de arcilla y los continuos charcos de agua. Un hálito de miseria había soplado por allí, vaciando los estantes de modelajes antiguos, rompiendo banquillos y cubetas, recompuestos ahora por medio de cuerdas. Era un cuchitril de fango y de desorden, una cueva de albañil derrotado. Y, en el vidrio de la puerta, embadurnada de yeso, destacábase, como por irrisión, un enorme sol radiante, dibujado á pulgaradas y exornado con una faz en el centro, cuya boca en semi-círculo estallaba de risa.

—Aguarda—repuso Mahoudeau,—aguarda á que enciendan fuego. Estos malditos talleres, con el agua de los paños, quedan hechos una nevera.

Entonces, volviéndose, percibió Claudio á Chaîne de rodillas ante la estufa, acabando de destri-